CHIQUILLADAS

Por: Solmenguante

Frontera galaicoportuguesa, 1971

La culpa olía a cera e incienso, un tufillo adherido a las columnas de piedra como el musgo que cubre los troncos en la umbría del monte Aloia.

La culpa también tenía sabor, un cierto regusto a temores oscuros, a ojos que todo lo ven y lo juzgan, y amenazan con una eternidad de tormentos y azufre.

La infancia escrita en palabras de culpa y de miedo como entrenamiento para una vida de obediencia, de oveja mansa y mirada gacha, de dar las gracias por la miseria y aceptar la ignorancia impuesta. Te alabamos, Señor.

«El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue la cruz y sígame», bramaba una voz desde el púlpito; «Amén», respondía el rebaño.

Mientras el cura recitaba latinajos, un ultimátum de condenas y padecimientos, el niño de ojos verdes en un banco de la tercera fila planeaba con cuidado los detalles del pecado mortal que estaba a punto de cometer.

La abuela habría insistido en que tuviera paciencia. Aún era demasiado joven, pero el futuro incierto reclamaba urgencia y el presente se había convertido en una huida sin mapa. ¿Cómo acostumbrarse a lo insoportable, a respirar como en un naufragio, a deshidratar esperanzas en silencio, a ser la presa escondida de la mirada del depredador…?

Dos días antes había llegado a una determinación. La única solución a las penurias que estaba soportando desde hacía tanto tiempo pasaba por quebrantar el Quinto Mandamiento. Aquel sentimiento que debería haber sido angustioso para una mente tierna de apenas doce años, pero que, por el contrario, se le había presentado con

esa sensación de profundo alivio de quien encuentra por fin el remedio definitivo a todos sus males.

«Definitivo», esa era la clave. Tal vez por eso llevaba ya dos noches durmiendo a pierna suelta, las primeras en mucho tiempo.

Matar para poder vivir, se decía. ¿Y qué hay de la culpa? ¿Acaso podría soportar el estigma de convertirse en un criminal y, más aun, en un pecador? Bueno, al fin y al cabo, no era él quien había dictado aquella absurda lista de pecados mortales que equiparaban en equivalencia el faltar a la misa de los domingos con segar una vida. A su edad tenía ya el discernimiento suficiente como para darse cuenta de que algunas muertes eran totalmente aceptadas por los tribunales del Cielo y de la tierra.

Según le habían contado, el pequeño David había matado al gigante Goliat de una pedrada; y no sólo se consideraba un acto justo, sino que incluso le habían coronado como rey de los judíos. Y también el gobierno mataba —se repetía—. Hacía pocas semanas, en plena Navidad, un tribunal militar acababa de condenar a muerte a nueve hombres en Burgos.

Cuando el altar pronunció el «podéis ir en paz» y el rebaño respondió con el «demos gracias a Dios», el menor de la familia Nogueira ya había resuelto un plan.

Mientras las personas formales volvían a sus quehaceres domésticos o a su Albariño en la plaza de San Fernando, y los niños se cambiaban de zapatos para ir a patear un balón por la Corredoira, el pequeño Tino Nogueira se encerró en el caótico taller de redes, herramientas y aparejos de su padre, detrás de la casa. Allí podría encontrar todo lo que necesitaba para solucionar su problema.

Rebuscó un buen rato en la leñera hasta escoger una rama de castaño en forma de «Y». En su mente se formó la imagen de la pieza final que resultaría al retirar la madera sobrante. Serviría perfectamente. Aserró los bordes superiores haciendo coincidir las puntas y ajustó el largo del mango al tamaño de su mano, un poco pequeña para su edad. Luego, tocaba usar la navaja. Su padre guardaba varias en un cajón de serrín fino para preservarlas del óxido. También tenía otra que siempre llevaba encima. La cuchillería es un elemento imprescindible entre el instrumental de pescadores y marineros, sobre todo en la frontera, porque en la desembocadura del río Miño no resultaba inusual que surgieran disputas sobre mercancías distintas del pescado.

Tino aplicó el filo sobre el palo de castaño en hábiles pasadas para pelar la corteza y practicó un ligero rebaje de un dedo de ancho en los brazos donde irían las gomas. En pocos minutos se dio por satisfecho. Encontró el resto de los materiales que necesitaba en una caja de latón bajo la mesa de carpintería: una recia banda elástica, de la que seccionó dos trozos iguales, de la longitud de su antebrazo, y una ajada pieza de cuero de la que recortó un pedazo del tamaño de su pulgar.

El abuelo le había enseñado cómo fabricar un tirachinas en su primer año de colegio. Aquella había sido una de sus últimas lecciones de vida antes de ser reclamado por el Atlántico. Él recomendaba ajustar las gomas al palo con alambre, cuatro o cinco vueltas bien apretadas, pero sin usar resinas o pegamentos que resquebrajarían el elástico en poco tiempo. En este caso, la duración del arma sería lo de menos, por eso tampoco necesitaba lijar la superficie ni aplicarle una capa protectora de barniz. El plan era utilizarlo una sola vez para luego hacerlo desaparecer en el río, tal como hacían los pistoleros de las películas americanas. Así pues, untó de cola los bordes y

fijó las gomas con una tachuela en cada extremo. Tenía pinta de poder funcionar perfectamente, pero sería mejor hacer una prueba para asegurarse.

Situó una lata vacía de aceite sobre la tapa del pozo viejo y se alejó contando los pasos. 18… 19… y 20. Alguna vez había escuchado que cada zancada larga equivalía a un metro, pero dudaba mucho de que esa fórmula funcionase en su caso. Aquel médico de Vigo al que le llevó su madre había dicho algo sobre hormonas, crecimiento tardío y el sistema nosequé… En resumen, que debía de ser el chaval más menudo a su edad en toda la comarca del Baixo Miño. Y cómo explicarle a su padre que la estatura no era en sí el inconveniente; su verdadero problema era que aquel aspecto de alfeñique, de indefenso David, suponía un jugoso reclamo que atraía inevitablemente a los filisteos abusones.

No, no podía contarlo. De hacerlo, tal vez pudiese amainar el temporal de amargura durante un tiempo, pero nadie podría borrarle el estigma de chivato. Además… Además, su Goliat particular, aquel grandullón repetidor que le hacía la vida imposible en el colegio y protagonizaba sus pesadillas con esa forma particular de ansiedad y terror sin abrigo que sólo se sufre en la niñez, contaba con el suplemento de impunidad de ser el hijo del jefe de la comandancia de la Guardia Civil.

El correr del tiempo y las nuevas costumbres suelen hacernos olvidar los rigores cotidianos del pasado. Hoy resulta difícil hacerse una idea veraz del verdadero poder de ciertos estamentos para quienes no los padecieron en aquellas épocas. La figura de un capitán de la Benemérita a principios de los años setenta, en plena dictadura y especialmente en un puesto fronterizo del recóndito noroeste, era la de un virrey casi omnímodo, una especie de cacique sin tierras, pero con capacidad de escribir su ley en el viento, manejar los resortes a su antojo, disfrutar de un continuo botín con toda

suerte de impuestos y pequeños sobornos y, sin duda, extender tal despótica cobertura a su familia.

No, no podía contarlo. «Cosas de niños», diría el capitán Vicedo si alguien le llegase con una denuncia formal, y lo haría con aquella cínica sonrisa con la que amenazaba al papá Nogueira cada vez que se pasaba por el muelle a cobrarles la mordida por el «*pisco*», el estraperlo al que se dedicaban los pescadores del Miño para completar con sus *gamelas* los menguados beneficios obtenidos con la captura de angulas, lampreas y sardinas.

Tampoco había posibilidad de empujar a su padre a las consecuencias de un enfrentamiento de orgullo contra el capitán Vicedo.

No. Imposible.

Por tanto, no quedaba más remedio. Puso el gesto serio que usaban los hombres mayores al concentrarse y situó la lata sobre el pozo, A veinte pasos cortos de distancia, pareció tomar la forma de una cabeza. Sin apartar la mirada de su objetivo sacó una canica del bolsillo, tensó las gomas con toda la fuerza de su brazo, soltó el aire y disparó. Un sonido metálico derribó la lata a la primera y el pequeño Tino se acercó corriendo a comprobar su presa. La canica de cristal había arrancado una buena porción de óxido donde se había abollado el metal. Los nervios de la situación no habían afectado a su buena puntería, pensó, pero el resultado final parecía insuficiente.

Haría falta algo más para ser definitivo. Entonces rebuscó en su bolsa hasta hallar lo que necesitaba.

Una norma no escrita en los patios de colegio prohibía las bolas de acero por suponer demasiada ventaja para jugar al gua o al corrillo, demasiado pesadas para poder moverlas con el choque de una canica de cristal. Sin embargo, intuía que sería lo ideal para este otro propósito. Volvió a colocarse a distancia, cerró el ojo derecho y disparó de nuevo.

El sonido fue muy diferente esta vez. La sucia bala de acero, que en su momento había sido parte de los rodamientos en un engranaje de motor, descansaba ahora en el interior de la lata tras haber abierto un boquete en la pared metálica.

Tino Nogueira tragó saliva y asintió.

No podría asegurar si aquella noche duró un suspiro ni dónde terminaban las fronteras del sueño cuando una sombra se acercó para preguntarle: «¿Eres un demonio?». Y él respondió sin mover los labios: «Sólo soy un niño y, por lo tanto, tengo dentro de mí todos los ángeles y todos los demonios».

A la mañana siguiente, en un recodo plagado de juncos del camino junto a la desembocadura del río, apareció el cuerpo sin vida de un muchacho de catorce años, grande para su edad.

Cuando el tañido de campanas quebró el aire del mediodía, convocando las penas de unos, las iras de otros y los miedos de todos, un chaval callado y escuálido no pudo estar seguro de quién acababa de entrar en el infierno.